

LA EDUCACION SEXUAL

Por el Dr. Fernando Lahille.

La educación perfecciona tanto el instinto como la razón.

BONNET.

El hombre ignora la constitución de un grano de polvo, de una gota de agua o de un rayo de luz y, sin embargo, no vacila un momento en declarar cual es la naturaleza de la voluntad de Dios y los fines que éste se propone en sus actos exteriores!

Es que si colocada frente a un problema la ciencia calla, medita e investiga, recordando lo que decía Sócrates: El saber consiste en conocer su ignorancia; la ignorancia audaz tiene al contrario una contestación para todas las preguntas. Olvida que la verborragia sólo sirve para disimular los errores del raciocinio o lo hueco de las ideas.

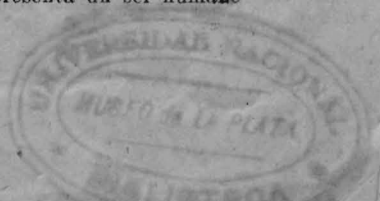
Cuánto papel y cuánta tinta se han gastado para tratar de establecer la supericridad de uno u otro sexo; para discutir sobre el porvenir de las relaciones entre el hombre y la mujer, la educación sexual, etc.

Pero como el mono que mostraba la linterna mágica sin haber encendido previamente la lámpara, la gran mayoría de los autores han olvidado de sentar estos problemas sobre la única base que permite aclararlos científicamente: el conocimiento profundo de las leyes generales de la naturaleza y de las conclusiones, sin apelación posible, de la biología.

Si apartamos, pues, el hombre de todos los demás seres vivientes, su naturaleza física, intelectual y moral, triple por abstracción y una sola en realidad se vuelve incomprensible.

A la luz serena — ¡Oh! cuánto — de la ciencia, todo, al contrario, se simplifica y se armoniza.

Ni el hombre ni la mujer representa un ser humano



20/15

Libro 489

7-2-993

completo. Sólo por la reunión de ambos se llega a la unidad biológica fundamental, al principio del número, de la familia y de la sociedad.

La unidad que forma por adición y multiplicación la serie indefinida e incommensurable de los números, es creadora. Amar, es por lo tanto divinizarse un poco y producir con la reunión del hombre y de la mujer, seres incompletos, un ser completo tan grande, tan noble y tan potente como un Dios.

La familia, es trinidad y unidad a la vez.

En todos los seres, dentro de una misma especie, ambos sexos son iguales en cuanto a sus propiedades fundamentales y características, consecuencias de un mismo tipo de composición química, pero son disimétricos como el ácido tartárico derecho e izquierdo. Sus energías provienen de una misma fuente, son iguales y producen por lo tanto los mismos efectos. Sus formas son un poco distintas pero podrán compararse con la electricidad negativa y positiva o con torbellinos dextrosos y sinistrosos. Toda vida y toda forma es movimiento.

En otros términos, para el biólogo el hombre y la mujer son seres rigurosamente complementarios. Pero esto no significa que sean iguales en todos los casos. Pues si 0,5 más 0,5 hacen una unidad, esta misma unidad puede obtenerse también sumando 0,2 con 0,8, y es el caso más frecuente. En general, pues, uno de los consortes es superior al otro.

Las diferencias morfológicas que se notan entre los sexos son superficiales, representan simplemente adaptaciones secundarias destinadas a desempeñar un papel semejante al que cumplen el viento o los insectos en la fecundación de las flores.

En cuanto a las desemejanzas intelectuales y morales son modificaciones provocadas en parte por la división del trabajo fisiológico y social y, sobre todo, por una educación distinta que perduró durante siglos.

Llegamos ya a una primera conclusión:

Siendo los sexos complementarios hay que educarlos

de una misma manera, suministrándoles las mismas enseñanzas integrales de las leyes de la vida.

Hay que señalar a la juventud el fin verdadero de la existencia para que sus actos tengan una dirección y un objeto. «*Fine constituto, constituta sunt omnia*», dijo Cicerón. Determinado el fin, todo lo demás queda de hecho determinado.

Pues bien, la conducta constante de todos los hombres demuestra ampliamente que este fin, no es el placer que proviene de las cosas, sino la felicidad que nos viene de las personas y principalmente de nuestra conciencia.

Por lo tanto podemos afirmar esta segunda conclusión: que cualquier enseñanza, cualquier educación que no propenda hacia la felicidad del individuo, será antinatural, mala y tendrá que ser rechazada.

Pero, ¿en qué consiste la felicidad? En triunfar de todas las dificultades que se oponen a la buena armonía entre nuestras necesidades y tendencias y los medios físico-químicos y biológicos en que actuamos.

Sócrates y los estoicos la hacían consistir en el cumplimiento del deber y de la virtud y en la indiferencia para lo demás. Hay que vivir una vida conforme a la naturaleza y a la razón. *Sequere naturam*, decían ellos, seguid vuestra naturaleza.

Aristóteles, espíritu más generalizador, no pudiendo despreciar como elementos de la felicidad suprema, la voluptuosidad y el placer, sea del alma, sea del cuerpo, la definió como «el conjunto de todos los bienes que la inteligencia, la voluntad y los sentidos pueden alcanzar». La inteligencia, gracias al conocimiento perfecto de la verdad; la voluntad, por la práctica de las virtudes morales; los sentidos, por el goce de la salud, de la fuerza, de la belleza, de los placeres honestos, teniendo como complemento la fortuna, los honores, la gloria y el poder.

De todos modos, para no extraviarnos en el dédalo de las opiniones filosóficas, nos conviene interrogar más bien a los grandes iniciadores de la ciencia, a los antiguos caldeos y babilonios.

Mosché, más conocido con el nombre de Moisés, poseedor de toda la ciencia esotérica de su tiempo, nos ha revelado algo de estas creencias en los escritos que se le atribuyen y cuyo sentido doble era, según las costumbres de los sacerdotes y filósofos egipcios, el uno accesible a todos y el otro inteligible sólo para los iniciados.

Mosché hizo siempre desempeñar, con razón, al símbolo de la serpiente un rol de primer orden. En el Egipto, el ofidio que se mordía la cola representaba la revolución de los astros; y los Onas de la Tierra del Fuego, hijos lejanos de la Caldea, nos enseñarán un día el por qué de este simbolismo. De todas maneras, como todo se resuelve con el tiempo, y más fácilmente cuando a la paciencia y perseverancia se agregan la astucia y la prudencia, que eran también atributos de la serpiente, el más astuto de los animales: *Callidior cunctis animantibus terrae*, según Mosché; este animal llegó a representar el símbolo de un Salvador. Modelada en bronce por Mosché, cuyo nombre significa «el brujo», en ona, y con el agregado, sin duda de algunos artificios secretos, era usada por él para devolver la salud a los hebreos enfermos. Mucho más tarde, el santuario de Epidauro, con la culebra de Asclepios o Esculapio, procuraba las mismas ventajas a los griegos.

En los albores de la humanidad, el hombre que no había modificado aun sus relaciones naturales con los medios ambientes tenía que dedicar casi toda la actividad a la obtención de sus alimentos y a la lucha contra sus enemigos.

En cambio la mujer, cuyas tareas eran más sedentarias, tenía algunos momentos desocupados. Estos pequeños descansos le permitieron dar expansión a sus facultades naturales de curiosidad instintiva y de observación perspicaz, dejándose así impulsar hacia la atención metódica y voluntaria y las abstracciones, fundamentos de la ciencia.

Conquistada luego por el encanto de la investigación y la satisfacción de los descubrimientos, ella incitó al

hombre rudo y toseco al examen de la naturaleza, y éste no tardó en considerar a su mujer muchas veces como adivina, profetisa, pitia o pitonisa, inspirada por el pitón o serpiente, es decir, aconsejada por el tiempo y el instinto femenino.

Mosché relató esta historia revistiéndola de la forma alegórica propia de los países orientales, y nos contó así la leyenda de la serpiente tentadora que invitó a Eva a que probara el fruto del saber.

Pues bien, ¿qué dijo esta serpiente, que representa en realidad, la primera profesora en ciencia cuyo estudio experimental encomió?

«Alimentense de los frutos del árbol de la ciencia, y vosotros, hombres, os asemejaréis a dioses».

Yehovah, es decir, Iaué, quien, según los Onas, representa la tradición, la serie de los antepasados de los cuales la humanidad procede, no podía quedar satisfecho con las tendencias innovadoras de los hombres. Dirigió reproches al ofidio simbólico, pero no pudo, sin embargo, acusarlo de haber mentido y mistificado a la humanidad.

Sólo Eva, representación encantadora de la niña mimada, impaciente por ver la pronta realización de sus deseos, aspirando a volar antes de saber caminar, se quejó de haber sido engañada por la serpiente. Se imaginaba, acaso, que la ciencia se adquiere sin esfuerzo y que gracias a ella, el hombre puede, en un instante, transformarse en un Dios. No se dio cuenta que las conquistas del saber son el fruto de la sucesión de los siglos y de un cortejo inevitable de dura labor, de dolores y de muerte, como Iaué se lo dijo bien claro.

De toda manera, la serpiente de Mosché no mintió cuando aseguró a nuestros lejanos antepasados que por su curiosidad investigadora, por la ciencia, el ser humano se volvería un dios todopoderoso.

Vemos, pues, que como Neptuno ha subyugado ya el mar. Lo cruza con asombrosa rapidez, tanto sobre las olas como en sus abismos.

Como Eolo, es victorioso del aire; el viento trasladada

sus globos, las aereonaves dominan a las nubes, y su pensamiento y sus palabras hacen vibrar incesantemente la inmensidad del espacio. Arrebató al mismo Júpiter los rayos y los truenos, y gracias a esta misma electricidad quitó a Gaea y a Ceres el dominio de la tierra fértil. El vapor y las vibraciones del éter suprimen las distancias y, al mismo tiempo, el hombre, con su ciencia agrícola, centuplica las cosechas y hace verdear hasta los desiertos.

A la sabia Minerva ha tomado la inteligencia que escurriera y el método experimental que disipa a las tinieblas. Ha aumentado, además, sobremanera, el poder de sus sentidos, por instrumentos de la más alta precisión. Ha sobrepasado a Hércules mismo, desarrollando sus fuerzas individuales por la educación física sistematizada, por sus armas y sus explosivos de inimaginable poder.

El hombre fué a la escuela de Apolo para templar su lira, estudiar las bellas artes y todo lo que da encanto a la vida, y hoy el alumno se hizo, también en esta rama de conocimientos, muy superior a su divino maestro, al hijo de Latona.

Al principio, la humanidad, acosada por el hambre, los enemigos y las inclemencias del tiempo; no vivía sino en el presente; pero luego, y relativamente temprana, rindió a lo pasado el culto debido, expresión de natural e inmensa gratitud. Ahora, justamente gracias al desarrollo de la educación sexual, gracias a esta noble preocupación de asegurar en las mejores condiciones los actos de procreación, salvaguardia y educación de la infancia, la humanidad extiende su amor hacia las generaciones venideras para que ellas resulten más sanas, más potentes y más felices.

De este modo, para el hombre como para un Dios, lo pasado y lo futuro, cuyos dos sellos van impresos en su propia carne, serán siempre lo presente.

Con la reproducción, el hombre vence a las dos leyes inexorables y fatales que se habían erguido delante de él, en el momento de su nacimiento: la ley de los sexos

que lo limitaba en su cuerpo y la ley de la muerte que lo limita en su vida.

Por eso mismo, todo lo que atañe a la función sexual reviste una importancia extraordinaria, y los problemas que a ella se ligan tienen que ser de parte de los padres, de los educadores y de los gobiernos, el objeto de las meditaciones más profundas y de las más sabias resoluciones.

Para el bien de las generaciones futuras, no basta suprimir toda excitación al vicio; decomisando imágenes y libros pornográficos y prohibiendo los espectáculos y costumbres inmorales. No basta atrasar el despuntar del instinto sexual por los ejercicios físicos y los deportes, o por el estudio.

Es indispensable tomar estas medidas, pero hay algo más que hacer. Conviene enseñar la necesidad, la base, las clases y la recompensa de los actos morales, es decir, del deber, de lo justo y de lo bueno.

Luego hay que señalar y precisar las condiciones fisiológicas de la vida y de su transmisión; el mecanismo mental de los sentimientos; como éstos, nacen, se desarrollan y cómo se pueden inhibir. Hay que mostrar, contra los pesimistas impotentes y cobardes, que los instintos más violentos son susceptibles de ser modificados y perfeccionados por la educación, como lo prueba el amaestramiento de los perros y demás animales.

Entonces la humanidad, no será solamente dueña del aire, de la tierra y del mar, como Eolo, Ceres y Neptuno; sino será dueña de sí misma; habrá realizado así la más hermosa de las conquistas. Sonreirá a Cupido, el amor ingenuo y pícaro, pero conocerá, como Vesta, las ventajas y el poder de la castidad, sin la pena que causa la privación.

En la plenitud de su vida y de su fuerza, con el pleno conocimiento de todos sus deberes individuales y sociales hacia lo presente y hacia lo futuro, el hombre, obediendo al amor, «la sed de la unidad», como dice Santo Tomás de Aquino, elegirá su complemento.

Esta nueva individualidad humana conocerá entonces

como Venus el sensualismo sin sus vicios, y por su fecundidad, vencerá al tiempo y a la muerte, al espacio y a su propia limitación. La mujer se conservará joven durante muy largos años, aplastando así la cabeza a la simbólica serpiente, es decir, al instinto y al tiempo; y el anciano, quien no podrá penetrar más en el templo de la *Venus genitrix*, sabrá disfrutar de todos los encantos de la *Afrodita uranea*.

Es por la *educación de la voluntad*, consecuencia del esfuerzo diario y del trabajo disciplinado, fomentado por todos los medios, que llegaremos a realizar todas estas conquistas morales que anhelamos. La vida es lucha y por eso lleva a la victoria. Al principio surgirán dificultades, pero después del primer esfuerzo cumplido, la voluntad se afirmará día por día, y las buenas costumbres se volverán necesidades.

Se buscará la felicidad en el cultivo del árbol de la ciencia. El descubrimiento de las leyes generales de la naturaleza será su fruto y la adaptación a ellas hará la satisfacción y la grandeza de la humanidad que reconquistará entonces el árbol de la Vida. Es decir, el idealismo inmortal, fuente de la verdadera sabiduría y de la perfección moral que no se deja deslumbrar y subyugar por la codicia y la concepción exclusivamente utilitaria de la vida.

Las personas bien intencionadas, quienes quisieran, sin embargo, dedicarse tanto a la educación sexual como a la educación simultánea e imprescindible de la voluntad, harán bien en tener siempre presente lo que en su «Tratado de los estudios», actualmente tan poco leído, dice Rollin.

«La educación es una maestra dulce e insinuante, enemiga de la violencia y de la sujeción. No le gusta producir efectos sino por medio de la persuasión y se aplica en hacer probar sus instrucciones hablando siempre de razón y verdad.»